

EL SISTEMA POLITICO CHILENO VISTO DESDE LA ARGENTINA: UNA COMPARACION DE SUS ORIGENES HISTORICOS

Torcuato S. Di Tella
Instituto del Servicio Exterior de la Nación
y Universidad de Buenos Aires
1996

Chile es uno de los países del continente que más se parece a la Argentina, dada su común raíz en actividades rurales de clima templado, la consecuente debilidad de la experiencia esclavista, y la ausencia de una gran masa de población previa a la Conquista. Ambos han tenido, luego, un temprano desarrollo económico y avanzados índices de urbanización, educacionales y de comunicaciones. ¿Porqué, entonces, son tan distintos sus sistemas políticos?

La diferencia entre esos sistemas estriba, principalmente, en la mayor predisposición, en la Argentina, a la acción de tipo corporativista y a la intervención militar; en el menor peso de partidos claramente conservadores; y en la prevalencia de fenómenos de tipo nacionalista popular. Aunque estos últimos no han estado ausentes en Chile, ellos han tenido menor arraigo, como se ve contrastando al que tuvo como jefe a Arturo Alessandri con el nucleado por Hipólito Yrigoyen; o al que dirigió Carlos Ibáñez, cuyo movimiento duró apenas un par de años, con el suscitado por Juan Domingo Perón. El sistema de partidos políticos de Chile, el más semejante en todo el continente a los que rigen en Europa, sobrevivió tanto al embate del populismo ibañista como al régimen de Pinochet. En la Argentina el sistema previo a la Segunda Guerra Mundial -- que tenía bastantes puntos de semejanza con el de Chile, a pesar de las diferencias mencionadas -- se vio profundamente alterado por el impacto del peronismo, tema que ha sido objeto de numerosos estudios, y sobre el cual no volveremos más que tangencialmente.

El objetivo del presente trabajo es puntualizar aspectos de los sistemas políticos de ambos países, concentrándonos en el primer tercio de este siglo y en algunos de sus antecedentes históricos. Para ello será preciso adentrarse en el análisis de sus estructuras sociales, que en más detenido análisis no resultan ser tan parecidas. Ya a primera vista resaltan tres factores de diferenciación, que no por ser conocidos dejan de merecer un estudio de las formas en que ellos han operado, a saber:

(a) *el mucho mayor impacto de la inmigración extranjera en la Argentina, donde llegó a constituir por décadas casi un 30% de la población, cuando en Chile apenas alcanzaba al 4%.* Los efectos económicos de este aporte son obvios, pero las consecuencias sobre las instituciones cívicas del hecho de que en su gran mayoría el nuevo caudal humano así incorporado no adquiriera la ciudadanía del país de adopción son más complejas.

(b) *la mayor densidad de población en Chile, su mayor componente agrícola por comparación al ganadero, y la unidad de su territorio, especialmente durante el siglo XIX.* Más tarde, en los extremos norte y sur, también se dio una concentración de población en ciudades y centros productivos como los del salitre, el cobre y el carbón, sin equivalente de parecido peso en la Argentina.

(c) *el fuerte rol de la educación secundaria en Chile, desde el siglo XIX, mayor, proporcionalmente al nivel económico, que en la Argentina.* Este hecho está asociado a la mayor discrepancia entre niveles de aspiración y realización ocupacional, que se nota en el vecino país, con sus consecuentes tendencias a la ideologización y radicalización de la clase media.

La base decimonónica

Hacia mediados del siglo pasado la población de Chile era aproximadamente igual a la de la Argentina. Dada su menor extensión, sobre todo si se tiene en cuenta sus tierras fértiles, esto implicaba una mucho mayor

densidad, con todas las consecuencias que se derivan para la sociabilidad. Sarmiento nunca hubiera podido haber escrito para Chile las páginas que dedica a la soledad de los establecimientos humanos en el Río de la Plata. Aunque esas páginas eran en buena medida impresionistas, y no basadas en un conocimiento directo del ambiente pampeano, lo cierto es que el contraste existía, e iba unido a una mayor prevalencia de la agricultura en Chile, con la tendencia que ésta tiene a generar capas de pequeños propietarios o medieros afincados, en contraste con el más móvil peón o aún arrendatario rural.¹

La presencia de una mayor clase media en Chile que en otras partes de Hispanoamérica era un lugar común de la época. Ciertamente es que la percepción de en qué consistía una "clase media" era muy confusa y heterogénea en la época. A menudo los observadores de nivel profesional u aristocrático se negaban a conferir condición de clase media a casi nadie. Así, Domeyko, técnico de minas de origen noble polaco, podía decir, con evidente exageración, que en la misma Santiago "la clase media propiamente tal, no existe".² Sin embargo, en sus descripciones más detalladas, basadas en sus viajes en el interior, puede diferenciar entre un pueblo rural como Freirina, ubicado en un fértil valle al norte de La Serena, y un centro minero como Copiapó, o el real de minas de Chañarcillo.

Freirina, dice Domeyko, a pesar de sus sólo 3.000 habitantes, o quizás por esa misma exigüidad, era "limpio, hermoso, con casas regulares (...). No se ven aquí gentes ricas ni pobres; cuando alguien se enriquece en el comercio o minería, se traslada a la capital; y no es fácil empobrecer donde no hay lujo ni licenciosidad".³ Por contraste, en Copiapó, con sus 10 a 12.000 habitantes, se podía encontrar "una mezcolanza de todas las partes del mundo. Franceses, alemanes, yanquis, inmigrantes de diversas partes de América española, sobre todo los llamados cuyanos, forman esa población, cuya mitad apenas componen los chilenos, y aún éstos, lo mismo que los extranjeros, llegan aquí y se establecen por algún tiempo buscando fortuna, sin vincularse con el lugar." Aunque se ganaba bien, debido a la bonanza minera, el lugar era feo, mal construido, sin arte. Por primera vez "vi lo que significa un país y una sociedad sin agricultura, sin vecinos, sin tradiciones ni ideas heredadas que vinculasen a personas, cuyo objetivo principal y exclusivo es el de enriquecerse".⁴

Más primitivo aún era el real de minas de plata de Chañarcillo, a pesar de que ahí se generaba gran parte de la riqueza del país hacia 1840. El mismo Domeyko señala que "no es ni aldea ni pueblo, aún cuando hay aquí muchos trabajadores y habitantes de diferente condición social. Calles no hay (...) y cada pertenencia (mina) tiene su casita para el mayordomo y algunas chozas para los mineros, una cocina, una forja, y constituye como una especie de hacienda subterránea. De una casita a otra conducen senderos angostos, desiguales y escarpados; ni una brizna de césped, ni una gota de agua".⁵

Esta situación en las minas, claramente explosiva, exigía un tipo de control social muy especial. El mismo Domeyko observa que apenas se concretaba una protesta, se la tomaba por indicio de rebelión armada. Por otra parte, las autoridades temían que una excesiva muestra de fuerza pudiera estimular una reacción violenta. Otro viajero, el alemán Paul Treutler, recordaba de los años cincuenta que en un centro minero del área de Copiapó, a pesar de haberse descubierto un importante robo, "no era posible castigar a todos los empleados

¹. El tema de la presencia de la agricultura en la Argentina ha sido objeto de una nutrida bibliografía reciente, que señala la presencia de importantes núcleos de productores de trigo en los alrededores de Buenos Aires y de otras ciudades argentinas, desde tiempos coloniales. Sin embargo, aparte de esos núcleos, la preponderancia ganadera era grande en el resto del país, incluyendo la misma provincia de Buenos Aires, lo que no tenía un equivalente en Chile. La exportación de trigo (con destino especialmente a Perú), por otra parte, era ya significativa en Chile desde antes de la independencia, cuando ella desempeñaba un rol muy marginal en el comercio internacional porteño. Ver Juan Carlos Garavaglia y Jorge Gelman, *El mundo rural rioplatense a fines de la época colonial: estudios sobre producción y mano de obra*, Buenos Aires, Cuadernos Simón Rodríguez/Biblos, 1989; Tulio Halperín Donghi, "La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires, 1810-1852", *Desarrollo Económico* vol 3, no. 9-10, abril-setiembre 1963.

². El autor dice que existe una "clase alta (...)" y al decir alta me refiero a la que no lleva el poncho. Pertenecen a ella casi toda la parte comercial y una parte artesanal de la población", incluyendo en esa categoría de "clase alta" por lo tanto a lo que más usualmente se llama clase media. Ignacio Domeyko, *Mis viajes*, 2 vols, Santiago, Ediciones Universidad de Chile, 1978, vol. 1, p. 496.

³. Domeyko, *Viajes*, vol. 1, pp. 388-389.

⁴. Domeyko, *Viajes*, vol. 1, pp. 403.

⁵. Domeyko, *Viajes*, vol. 1, pp. 427-429.

y obreros, pues, en primer término, no existía en el lugar poder suficiente para ejecutar el castigo de todos; pero además, en tal evento la mina habría quedado sin personal". Agrega que al no poder los trabajadores seguir robando, "un gran número de ellos tramaron una conspiración destinada a saquear en la noche la mina y su depósito de minerales". Las autoridades llamaron en su apoyo a los soldados, pero éstos tuvieron que presenciar impávidos el evento, pues no se animaron a disparar.⁶

Coexistían, entonces, en Chile dos situaciones sociales distintas. En las mayores ciudades, y en el Valle Central y otras áreas fértiles y pobladas, una sociedad más diversificada pero asentada desde antiguo, con bastantes artesanos y otros estratos medios, por cierto con un fondo de población marginal y miserable, pero formando éste un sector minoritario. En cambio, en las zonas más apartadas, marcadas por la minería (cobre y plata en el norte, carbón en el sur) se agrupaba un proletariado flotante, dispuesto a la violencia. Después de la guerra del Pacífico la característica eruptiva del extremo norte, ahora hegemonizada por el salitre, no haría más que robustecerse. En esa zona ya desde antes de la anexión gran parte de la población estaba compuesta por chilenos, y esta pauta migratoria de gente del Valle Central siguió siendo típica de las concentraciones en las pampas del nitrato.

A pesar de esta situación en los extremos geográficos del país, Chile no había experimentado nada parecido a las erupciones violentas de México, con sus enfrentamientos en algún sentido clasistas, ni a las guerras civiles entre clanes personalistas o de banderías partidarias, endémicas en Venezuela y también en ciertos períodos de la historia colombiana. Por otra parte, tampoco latía en Chile la bomba potencialmente mortífera de la esclavitud, como en Brasil o Cuba, ni se había dado con tanta intensidad el caudillismo populista que había desestabilizado los intentos de gobierno civil de comienzos de siglo en la Argentina, y continuaba dando coletazos en ese país y en Uruguay o Bolivia.

Un cierto tipo de agitación, de dirigencia liberal populista o "pipiolo", sin embargo, tuvo su expresión en Chile, sobre todo antes de ser reprimida por el sólido régimen "pelucón" inspirado por Diego Portales y cristalizado en la Constitución de 1833. El populismo liberal exaltado quedaba, sin embargo, en la percepción de pensadores conservadores, como un potencial político que en cualquier momento podía activarse, quizás como resultado no anticipado de rencillas entre grupos de la élite.

Una de esas situaciones de enfrentamiento entre conservadores y liberales se dio en la guerra civil de 1851. A pesar de la moderación de los dirigentes iniciales, la agravación del conflicto estimuló motines populares, que tomaron vuelo aprovechando condiciones sociales especiales, que se daban en lugares como el puerto de Valparaíso, o las concentraciones mineras de la provincia de Atacama, con su capital Copiapó y la cercana mina de plata de Chañarcillo. A pesar de que la élite local de Copiapó no se plegó a la revolución, al quedar desguarnecida la ciudad por un movimiento de tropas se posibilitó una sublevación de la plebe, que quedó dueña de la ciudad y del real de Chañarcillo, que fueron rigurosamente saqueados. Algo parecido ocurrió en La Serena, cuyos dirigentes moderados fueron de los principales instigadores de la revolución; al ser ellos derrotados militarmente, se dio la típica situación de "fin de régimen" en que los elementos más extremos y populares aprovecharon el caos para adueñarse de la ciudad. Un fenómeno de parecidos efectos se dio en la remota Punta Arenas, lugar colectivo de migrantes y población flotante (como las minas de Atacama) mezclada con peligrosos presidiarios de quienes se esperaba que contribuyeran a colonizar el territorio, "a la australiana".⁷

Alberto Edwards, escribiendo hacia 1910, comentaba estos episodios, diciendo que "aquel movimiento ((de 1851)) nacido al calor de aristocráticas rivalidades y generosas quimeras en los estrados de la capital, había expirado en medio de convulsiones horribles y grotescas". Con esto llevaba agua a su molino de ideólogo conservador orientado hacia la necesidad de consolidar un poder autoritario contra las tendencias "frondistas" (se podría decir "anárquicas", o irresponsablemente individualistas) de la propia aristocracia, obnubilada en su defensa de intereses particularistas y desconfiada del poder central.⁸

Una nueva rebelión de tipo liberal, que incluía sectores más "radicales", basada en el norte minero, volvió a darse en 1859. Nuevamente es Alberto Edwards quien comenta lo que según él fue el poco tino de la oposición de aquel entonces, lanzada demasiado pronto a la acción militar. Según Edwards esa oposición no se daba cuenta de que potencialmente cavaba su propia fosa al agitar las aguas de la violencia, en vez de emplear las más sutiles de la intriga y la reformulación de alianzas entre facciones. Efectivamente, si el cambio de

⁶. Paul Treutler, *Andanzas de un alemán en Chile, 1851-1863*, reedición, Santiago, EDITORIAL, 1958, pp. 121-126 y nota de p. 146.

⁷. CITA CAMBIASO.

⁸. Alberto Edwards, *El gobierno de Don Manuel Montt, 1851-1861*, Santiago de Chile, Nascimento, 1932, pp. 108-113. Este libro, publicado póstumamente en base a fragmentos inéditos, fue escrito hacia el año 1910. Ver p. 259.

gobierno se llegaba a producir de manera pacífica "los elementos moderados y aristocráticos de la oposición habrían dominado (...); pero el trastorno violento significaba la victoria segura de los principios radicales, y acaso de la anarquía democrática".⁹ Parafraseando a G.M. Trevelyan, que decía que el régimen inglés del siglo XVIII era "aristocracy tempered by rioting", se puede afirmar que el chileno era un autoritarismo presidencial controlado por la potencial rebelión armada de sectores regionales unidos a la masa popular.¹⁰

Naturaleza del Radicalismo chileno

El conflicto religioso, típico de muchos países del continente, que en Argentina tuvo particular presencia hacia los años ochenta, había estallado en Chile bastante antes, durante la presidencia de Manuel Montt (1851-1861). Como secuela de ese conflicto se formó años más tarde un grupo conocido como Partido Radical, aunque su condición de partido es algo difusa. Sus primeros diputados electos lo fueron en 1864, con fuerza en Copiapó, donde lo alentaban los poderosos mineros de las familias Matta y Gallo.

En 1874 se sancionó lo que puede ser considerado el equivalente chileno de la Ley Sáenz Peña. Quedaba prohibida la reelección del Ejecutivo, y adoptado el voto secreto, aunque los analfabetos seguían excluidos de las urnas. Para facilitar la incorporación de los grupos opositores se adoptó el sistema del voto acumulativo para diputados, con efectos parecidos a los del sistema proporcional, manteniéndose para electores de presidente y de senadores el de lista completa, y para los municipios el de lista incompleta, con sólo dos tercios de los asientos reservados para la mayoría.¹¹

Los efectos de este paquete no fueron tan contundentes como los que generaron las medidas adoptadas por Sáenz Peña del otro lado de los Andes (cierto es, muchos años después). Tampoco se lo percibe así en la historiografía chilena, que lo interpreta, simplemente, como un paso más dentro de una larga serie de medidas ampliatorias de la participación popular en el sufragio. El Partido Radical continuó compitiendo en las elecciones, a menudo aliado a facciones liberales, y se percibía a sí mismo -- de manera algo contradictoria -- al mismo tiempo como un partido diferenciado, y como parte del "gran Partido Liberal", siempre fragmentado en tres o cuatro corrientes. Tenía el Radicalismo posiciones más extremas en lo religioso y también en lo social (aunque con diferenciaciones internas), pero de ningún modo rechazaba participar en un régimen que seguía marcado por la influencia oficial y sobre todo por la compra de votos. Mucho menos pensaba el Radicalismo combatir a ese régimen con la abstención revolucionaria.

La diversificación de partidos chilenos, en gradual aumento a medida que avanzaba el siglo, era fuente de constantes oscilaciones en la composición del gabinete. Ya desde la misma Constitución de 1833 se le daba al Congreso la atribución de votar las leyes periódicas (impuestos y presupuesto), sin las cuales un gobierno no podría funcionar, y por lo tanto podía forzarse de esta manera un cambio de gabinete. Este sistema casi no se usó durante las décadas de predominio pelucón, debido a la estructura de los partidos más que a disposiciones constitucionales. Desde los años setenta, en cambio, la rotativa ministerial se aceleró, hasta hacerse endémica durante la llamada República Parlamentaria, inaugurada con la caída de Balmaceda en 1891, sin que mediara ningún cambio constitucional, sólo reafirmandose la práctica de la renuncia del ministerio al no contar con la aprobación del Congreso.

Contrastando con la Argentina, es preciso recordar que el único presidente que no consiguió que el Congreso le aprobara el presupuesto fue Figueroa Alcorta, que se vio impelido a comienzos de 1908 a cortar el período de sesiones extraordinarias y aplicar el mismo presupuesto del año anterior. Se dijo en el momento que se estaba "cerrando el Congreso", lo cual era una exageración. Pero durante el receso estival, mediante alguna oportuna intervención electoral, Figueroa pudo cambiar la composición de los cuerpos legislativos, y contar en ellos con una mayoría. En Chile los presidentes, ya desde los años setenta del siglo XIX, no podían hacer eso

⁹. Edwards, *El gobierno de Don Manuel Montt*, p. 242.

¹⁰. Admito que mi poder de síntesis es menor que el del escritor inglés. Para la cita, ver A. Potter, "Great Britain: Opposition with a capital O", en Robert Dahl, comp., *Political Oppositions in Western Democracies*, New Haven, Yale University Press, 1966, p. 33.

¹¹. Ricardo Donoso, *Las ideas políticas en Chile*, México, Fondo de Cultura Económica, 1946, p. 430; J. Samuel Valenzuela, *Democratización vía reforma: la expansión del sufragio en Chile*, Buenos Aires, IDES, 1985; Enrique Mac-Iver, *Discursos*, vol. 1, Santiago de Chile, sin editor, circa 1898, pp. 340 ss. Para una descripción amena y detallada, aunque algo exagerada, de la pervisión de las elecciones hacia el año 1840, ver Domeyko, *Viajes*, vol. 1, pp. 407-424.

sin contar con un adecuado reagrupamiento partidario, y el que trató de hacerlo, Balmaceda en 1891, terminó derribado por una guerra civil. Tampoco existía la capacidad, ni quizás el deseo, en las Fuerzas Armadas, para generar un cambio en el régimen.

Todo esto se debía, en buena medida, a la estructura de la opinión, a la difusión de convicciones políticas e intereses económicos entre diversos sectores de la población políticamente activa, y no sólo a civismo de los militares o republicanismo de los presidentes. Esta mayor difusión, o equilibrio, de las bases sociales de los partidos políticos, es una de las diferencias entre el pluralismo chileno y el mayor monolitismo, o bipolaridad entre un Régimen y una Causa, que se notaba en la Argentina. Es posible que esto tuviera algo que ver con la distorsión ocasionada, en el Río de la Plata, por el impacto inmigratorio, que dejaba fuera de la participación electoral a la gran mayoría de la burguesía, y también del proletariado urbano, tema al que volveremos.

El Radicalismo presenta algunas semejanzas, pero llamativas diferencias, con su homónimo argentino. La más llamativa diferencia estriba en la casi total ausencia de caudillos dominantes en el partido chileno: nunca emergió en él una figura como la de Leandro Alem o Hipólito Yrigoyen, que pudiera convertirse en centro de un culto a la personalidad. Por lo tanto, nunca hubo necesidad de "antipersonalismo", aunque hubo corrientes más de derecha o de izquierda. Otra característica muy central en el partido chileno fue su anticlericalismo, casi ausente en el argentino. Por otra parte, como vimos, el Radicalismo trasandino participaba en la construcción de coaliciones desde muy temprano. Sus primeros diputados, definidos como tales, fueron electos en 1864. Su acceso a posiciones de poder fue gradual y ya en 1880 uno de sus miembros dirigía un gabinete de coalición, en que un correligionario desempeñaba la cartera de Hacienda.¹² En 1888 se habían dado una organización partidaria moderna, a través de una Convención constitutiva, que entre otras plataformas adoptó el parlamentarismo, impensable en la Argentina.¹³

Unos años antes, en 1881, el diputado Enrique Mac Iver, del ala moderada, afirmaba que "existiendo el partido radical, como existe, con organización y programa propios, reconoce también que forma él parte de la gran familia liberal, y que dentro de ella debe hacer su camino para el logro de los propósitos comunes y el cumplimiento del común programa". Y más tarde, en 1885, cuando se instaló en Concepción una Asamblea Radical, el mismo Mac Iver brindó "a la autonomía del partido radical, a la unión del liberalismo chileno".¹⁴ Valentín Letelier, del ala izquierda del Radicalismo, también consideraba que el nombre liberal correspondía más al Partido Radical, heredero de una tradición que venía desde los Gracos, que al Partido Liberal, excesivamente empírico. A pesar de ello, reconocía que "el partido liberal, aunque no es un partido fundamental, presta (...) servicios inapreciables en su calidad de partido medio, que, haciendo de elemento moderador, impide que se desarrollen tendencias reaccionarias entre los conservadores, o tendencias revolucionarias entre los radicales".¹⁵

En la Convención de 1885, una de las que sucesivamente dieron lugar a la formación más orgánica del Partido Radical, entre los convencionales se destacaban miembros de las clases económicamente más poderosas del país, sobre todo con bases en regiones periféricas, como el Norte minero.¹⁶ En muchos aspectos

¹². El Ministro del Interior, en la práctica Jefe de Gabinete, era Manuel Recabarren (no emparentado con el dirigente sindical Emilio) y el Ministro de Hacienda José Alfonso.

¹³. Luis Palma Zúñiga, *Historia del Partido Radical*, Santiago, Andrés Bello, 1967; Peter Snow, *El radicalismo chileno*, Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1972.

¹⁴. Mac Iver, *Discursos*, pp. 227 y 16.

¹⁵. Valentín Letelier, "Ellos y nosotros, o sea los liberales y los autoritarios", discurso pronunciado en el Club Radical, 18/10/1889, publicado en su libro *La lucha por la cultura* (Santiago, 1889), y reproducido en *Pensamiento positivista latinoamericano*, 2 vols, comp. por Leopoldo Zea, Caracas, Ayacucho, 1980, v. 2, p. 366. Este concepto sobre la necesidad de los partidos, para controlar sus mutuas características, se repite en Mac Iver, cuando sostenía, al inaugurar un Club Radical en 1888, que los partidos "tienen necesidad los unos de los otros (...). Dejad sola y omnipotente la tendencia innovadora y reformista, y tendréis el desquiciamiento y la anarquía; y dejad omnipotente o sola la tendencia conservadora, y tendréis la estagnación, la parálisis". Mac Iver, *Discursos*, p. 32.

¹⁶. Hernán Ramírez Necochea, Balmaceda, pp. 183-184, cita como ejemplos a Manuel Antonio Matta, Enrique Valdés Vedrgara, Francisco Puelma Tupper, Enrique Mac Iver, Federico Varela, Antonio Alfonso, Juan Castellón, Rafael de la Sotta, Pedro Bannen, Frutos Ossandón, y Abel Saavedra.

el Radicalismo chileno se parece en sus inicios más al sector "bernardista" de la Unión Cívica Radical, pero lo significativo es que no tenía un equivalente del ala "hipolitista", aunque sí existía una izquierda dentro del partido con ribetes ya no sólo anticlericales, sino socialistas, en algún sentido de la palabra, claramente desde 1905. Ya antes, en 1887, el Radicalismo había sufrido una escisión, que dio lugar a la formación del Partido Democrático, de bases artesanales y orientación socialdemócrata, influido por la experiencia belga, y que se afiliaría a la Internacional Socialista en 1903.¹⁷

Alessandri y las amenazas al orden social

Cuando emergió en Chile un caudillo popular, Arturo Alessandri (1920-1924), él se formó en el Partido Liberal, o mejor dicho en una de sus fracciones, aunque cierto es que llegó a la presidencia aliado con los Radicales y los más izquierdistas Demócratas. Quizás el entusiasmo que suscitó en la masa popular fue parecido al de Hipólito Yrigoyen, pero duró menos, y él mismo evolucionó hacia la derecha en un segundo período presidencial (1932-1938). Alessandri era en gran medida un miembro, aunque algo periférico, del "régimen" (por así llamarlo), contra el cual surgió en su campaña de 1920. Ya en 1898 había sido ministro del presidente Errázuriz Echaurren, bajo el signo de una Coalición Liberal-Conservadora, y luego siguió participando de la rotativa ministerial que constantemente cambiaba la composición del gabinete.¹⁸

Recién en 1920 Alessandri, ya más seguro en sus posiciones reformistas, se convirtió en candidato de una convergencia "progresista". Esta tuvo gran capacidad movilizadora en el Norte minero y en otras grandes concentraciones obreras, pero sin recibir el apoyo del Partido Socialista, aún de poco peso electoral a pesar de su significativa inserción en ambientes sindicalizados y en grupos intelectuales.¹⁹

Alessandri, que según él mismo decía, tenía entonces en su contra a "la alta banca, el comercio, la industria y todas las fuerzas capitalistas del país", venía sin embargo con un programa que a su entender era de moderación y concordia social. Inclusive entre sus posibles aliados tuvo que vencer resistencias. Como recordaría años más tarde, durante su campaña preelectoral se dio cuenta de que "los radicales tradicionalistas (...) que me temían porque mis doctrinas sociales se hacían aparecer como subversivas, una vez que me escucharon comprendieron que precisamente yo trataba de defender el orden público mediante la evolución requerida por los momentos históricos que vivía la humanidad".

Es que la agitación social, que ya había derribado al imperio de los zares, se hacía sentir también en Chile, generando todo tipo de estrategias destinadas a contenerla. En sus Memorias Alessandri afirma que había llegado al poder "en circunstancias que un grave y peligroso problema social oscurecía el horizonte ((generando)) una sensación de incertidumbre, de temor. Las fuerzas productoras del país estaban así seria y formalmente amenazadas: un cataclismo aparecía como inminente y el temor se sentía en todas partes". Quizás Alessandri simplemente repetía un lugar común difundido entre las clases poseedoras en aquel entonces, o lo magnificaba, conscientemente o no, para resaltar su rol salvador. Pero las evidencias son muy numerosas y convergentes como para ignorar esta coyuntura de alarma, como factor influyente en crear las actitudes de la clase dirigente.²⁰

En la última década del siglo XIX tanto en Chile como en otras partes del mundo comenzó a sentirse una amenaza de subversión del orden social, incrementada por la ola de atentados anarquistas. Aunque estos últimos sólo representaban a un pequeño sector de extremistas de la acción directa, no dejaban de ser símbolo y punta escandalosa de un enorme témpano sumergido, o bien de una espada de Damocles. Esta espada, claro

¹⁷. La tendencia socialista, o estatista, de Letelier, ya se evidenciaba en el citado discurso ante un Club Radical en 1888, al afirmar que "si para impulsarlo ((al desarrollo social)) es menester adoptar una política autoritaria, ellos ((los propulsores de la libertad)) la adoptan espontáneamente, porque todo principio se debe sacrificar a la sociedad" (p. 373), por ejemplo al imponer la educación obligatoria, la higiene, la vacuna, el control de la prostitución, del alcoholismo, de las horas de trabajo, de la colación de grados, de las profesiones, sin importar si por eso uno recibe el mote de autoritario. Letelier, en *Pensamiento positivista latinoamericano*, vol. 2, p. 373.

¹⁸. Augusto Iglesias, *Alessandri, una etapa de la democracia en América: tiempo, vida, acción*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1969, pp. 214.

¹⁹. AUTOR, *La elección presidencial de 1920*, Santiago, EDITORIAL, AÑO.

²⁰. Arturo Alessandri Palma, *Recuerdos de gobierno*, 3 vols, Santiago, Nascimento, 1967, vol. 1, pp. 43, 29-30, y 361.

está, era especialmente percibida por los alarmistas, y los historiadores actuales pueden verse tentados a pensar que sólo se trataba de una histeria de salón, negándose a aceptar la validez de una visión que a lo mejor sólo era patrimonio, y quizás invento gratuito, de sectores muy trasnochados.

Cierto es que en el tema de dar peso a la posibilidad subversiva, hay a menudo una coincidencia entre los extremistas de ambos hemisferios ideológicos. Pero un examen más detallado y comparativo nos debe llevar a la conclusión de que esa amenaza realmente existía, aún cuando no sea posible cuantificarla. Al fin y al cabo, en algunos lugares del mundo se han dado revoluciones sociales, incluyendo México en nuestro continente.

Luis Lagarrigue, alto dirigente de la Sociedad Positivista de Santiago de Chile, escribiendo en 1892, dirigía admoniciones moralizantes a los políticos de ambos bandos, "progresistas" y "conservadores", que en su opinión deberían abstenerse de alterar el orden público, y tratar de colaborar en vez de dedicarse a intrigas parlamentarias. Era preciso, continuaba, que ellos "concurran a dirigir la opinión del pueblo para que éste no se erija, a su vez, en partido independiente y hostil. El problema proletario que los ciegos no quieren reconocer se impone de día en día, y advertiremos que para evitar una revolución social es necesario hacerla. El proletariado debe incorporarse a nuestra sociedad, material y espiritualmente, adquiriendo la propiedad del domicilio y de la tumba para formar su hogar."²¹

Lagarrigue, seguramente, escribía bajo el impacto de la violencia desatada durante la guerra civil que derribó a Balmaceda, aunque no fue primordialmente de tipo "social". Pero antes de que ella se desencadenara había habido algunos episodios preocupantes, quizás estimulados por los conflictos cada vez más intensos entre el gobierno de Balmaceda y la oposición. A fines de junio de 1890 se había producido una huelga en Iquique, que había afectado la exportación del salitre. Poco después el escenario fue Valparaíso, donde la agitación, iniciada entre la gente de mar, duró tres días, con numerosos saqueos, y una represión que ocasionó doce muertos. Tanto el gobierno de Balmaceda como la oposición se acusaron mutuamente de haber estimulado el conflicto. Un periódico inglés de la época afirmaba que los sucesos en Iquique se habían hecho posibles debido al retiro de tropas de la región, recientemente ordenado por el presidente.²²

En 1903 comenzaron a sentirse de manera muy ostensible algunos efectos de la agitación social. En mayo se declaró una huelga en Valparaíso, iniciada en la Compañía Inglesa de Vapores, enseguida extendida a otros ámbitos en el puerto. El movimiento tomó aspectos violentos, con incendios, saqueos y un ataque al diario El Mercurio. Las fuerzas del orden no pudieron entrar en acción en un primer momento, pues la Marina, normalmente disponible, estaba embarcada fuera del puerto. Sólo al día siguiente llegó un cuerpo de Ejército, desde Santiago, con lo que la agitación se disipó, aunque quedó una señal de que la violencia estaba apenas debajo de la superficie.

Durante ese año hubo otras agitaciones en los puertos del Norte, dirigidas por el líder socialista (en ese entonces aún miembro del Partido Demócrata) Luis Emilio Recabarren, que había fundado una *Sociedad Mancomunal de Obreros* en Iquique, caracterizada por una nutrida actividad periodística y asociativa. De todos modos, todavía en 1904 el diputado radical Enrique Mac Iver decía que la cuestión social en Chile era un mito. Sin embargo, Recabarren atizaba, aún estando preso en Tocopilla, las llamas de esa cuestión, al incitar a sus seguidores a luchar "contra las fieras radicales y balmacedistas que nos gobiernan con la sangre proletaria ((pues)) las libertades que han surgido en el mundo han tenido por cuna sangre y cadáveres".²³

El año siguiente, 1905, iba a demostrar que la violencia por cierto podía enseñorearse de la misma capital, ante la menor provocación. Lo grave era que desde inicios de ese año el mundo había contemplado el estallido de la revolución en Rusia, en 1905, coincidiendo con la guerra contra Japón. A pesar de que el zarismo se impuso, ello le demandó un serio esfuerzo para vencer lo que al parecer era una convergencia de fuerzas marxistas con otras de tipo religioso. El rol del papa Georgii Gapón fue suficientemente relevante en los inicios de ese proceso, a comienzos del año, como para que en Chile, en aquel entonces, se le diera el mote de "pope" a un sacerdote católico que participó él también en las protestas. Esto señalaba los aspectos proteicos del fenómeno, y su capacidad de influir en ámbitos distintos a los tradicionalmente asignados a la izquierda

²¹. Luis Lagarrigue, "La comuna autónoma y la supresión del sueldo de los intendentes y gobernadores", en *Pensamiento positivista latinoamericano*, vol. 2, p. 349.

²². Julio Bañados Espinosa, *Balmaceda, su gobierno y la revolución de 1891*, 2 vols, Paris, Garnier, 1894, vol. 1, pp. 515-519; y *The South American Journal*, 19/7/1890, citado por Blakemore, *British Nitrates*, p. 166, n. 208.

²³. Iglesias, *Alessandri*, pp. 239, 240-241.

revolucionaria. La experiencia rusa iba a tener un fuerte impacto tanto en la prensa del movimiento obrero como en la conservadora o liberal.²⁴

En octubre de 1905 se generó un movimiento popular en Santiago, combinando elementos sindicales y socialistas con otros de clase media, dirigido por un *Comité Central de la Abolición del Impuesto al Ganado*. El objetivo era conseguir que el gobierno derogara la tasa que se aplicaba a la carne argentina, necesaria para los productores rurales pero con impacto negativo sobre el presupuesto familiar. Las sociedades obreras de Santiago convocaron, junto con el Comité aludido, a una asamblea popular de protesta, la que pronto asumió un cariz preocupante. Entre pedreas a la residencia del Presidente, y a la propia Casa de la Moneda, represión policial, saqueos, y extensión de la huelga, durante dos días la ciudad estuvo, en la percepción de muchos, a merced de la masa popular. El Ejército, a la sazón en maniobras, sólo llegó 24 horas después del inicio de la violencia, consiguiendo entonces calmarla. Durante el interregno se formaron grupos de civiles armados, "guardias blancas" que surgían del Club de la Unión para impedir los ataques a residencias, y evitar que el Arsenal, relativamente desguarnecido, se convirtiera en fuente de armamentos para los sediciosos.²⁵

Pocos días después, en la sesión extraordinaria de la Cámara de Diputados, Alfredo Irarrázaval Zañartu afirmaba que los acontecimientos del domingo y el lunes habían sido "la revelación tremenda y súbita de un peligro social y nacional, cuya existencia nos ha tomado de improviso (...) ((pero)) la horda inconsciente y sanguinaria que pasó como una ráfaga devastadora (...) no es, afortunadamente, el pueblo de Santiago". El diputado demócrata Malaquías Concha, en una actitud algo justificatoria, culpaba a las aún recientes luchas civiles por haber dado el mal ejemplo, especialmente en 1891, cuando él mismo había sido víctima de una manifestación popular, estimulada en ese entonces por los partidos del propio Establishment, en su lucha contra Balmaceda.²⁶

En 1906 hubo otro episodio parecido en Antofagasta, iniciado en el ferrocarril a Bolivia, dirigido por Luis Emilio Recabarren, candidato entonces a diputado por el Partido Demócrata (elección que ganaría, pero que luego sería invalidada por el Congreso debido a su negativa a jurar según la fórmula religiosa exigida por el reglamento). También en ese caso tuvo que desembarcar la marinería, y organizarse grupos civiles en otro Club de la Unión, que al igual que el de Santiago reunía a la clase alta local, ocasionándose un centenar de muertos en enfrentamientos en la Plaza de Armas.

En 1907 se produjo la famosa huelga y sucesiva represión del movimiento popular en Iquique, iniciado entre trabajadores del puerto y del ferrocarril, y pronto extendido a las minas de salitre en plena montaña. Desde allá bajaron, a pie o tomando máquinas y vagones del ferrocarril, gran cantidad de personas, que acamparon en una escuela pública, al comienzo con la anuencia de las autoridades, que intentaron mediar entre los obreros y las empresas. Después de varios días de indecisión, ante una población local atemorizada por la cantidad de súbitos visitantes, el intendente ordenó desalojar la escuela y trasladarse a un más amplio campo deportivo. Ante la resistencia de los huelguistas ordenó el fuego, con el resultado de 150 muertes según partes oficiales, y bastantes más según la mayor parte de los observadores.²⁷

En 1916, ante una cadena de huelgas, hubo otra alarma, y según recuerda, quizás algo exageradamente, el historiador Jaime Eyzaguirre, "se temió, con fundamento, la posibilidad de un golpe revolucionario en la región salitrera", lo que en alguna medida alude a la posibilidad de una vinculación entre sectores izquierdistas y otros de diverso tipo.²⁸

Esta percepción de amenaza no es compartida, cierto es, por todos los observadores, aún los de orientación conservadora. Alberto Edwards, el ensayista de *La Fronda aristocrática*, donde describe de manera muy sugerente los conflictos internos a las clases dominantes, soslaya el tema de las agitaciones obreras de comienzos de siglo. Sin embargo reconoce la presencia de una amenaza popular con motivo de la ajustada

²⁴. Ver Iglesias, Alessandri, pp. 241, y 255 ss; Richard Pipes, *The Russian Revolution*, New York, Vintage Books, 1991, pp. 22-25.

²⁵. Iglesias, Alessandri, pp. 232-238, que incluye la descripción del evento por el propio Alessandri.

²⁶. Iglesias, Alessandri, p. 242.

²⁷. Julio César Jobet, *Recabarren: los orígenes del socialismo chileno*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1955; Iglesias, Alessandri, p. 289.

²⁸. Jaime Eyzaguirre, *Historia de las instituciones políticas y sociales de Chile*, 2a ed., Santiago, Editorial Universitaria, 1977 (1a.ed. 1967), p. 180.

victoria electoral de Alessandri en 1920. Esa victoria podría, a su juicio, haber sido discutida legalmente por la oposición conservadora, pero ella no se animó a hacerlo, en buena medida porque "un viento de revolución soplaba en el país (...). Los alborotos callejeros, la agitación febril de la clase media, la dudosa fidelidad de las fuerzas armadas, introdujeron poco a poco el terror y el desaliento en los salones del Palacio de la Moneda y en algunos círculos de la vieja oligarquía." Para Edwards, de todos modos, la línea de conflicto no pasaba, en ese entonces, entre la clase dirigente y "las clases obreras, ((cuyas)) bulliciosas agitaciones urbanas de 1920 fueron más aparatosas que temibles (...). La verdadera lucha de clases se encendió entre la pequeña burguesía educada en los liceos, y la sociedad tradicional. Los injustos desdenes de arriba, las enconadas envidias de abajo, contribuyeron tanto como la triste situación económica del proletariado intelectual a soplar el viento de la discordia".²⁹

Edwards está aquí indicando un factor adicional en la caracterización de la masa antagónica al orden establecido, que seguía a Alessandri y que en su mayoría estaba ligada al Radicalismo. Habría en ella un fuerte componente, cualitativo si no cuantitativo, de proletariado intelectual, que posiblemente no estaba tan presente en la Argentina, y que podría explicar la importancia dada en Chile a las cuestiones teológicas y otras de tipo doctrinario, comparadas con la actitud más personalista, aunque no exenta de valores morales, de los Radicales rioplatenses. En la misma línea está el mayor rol que tuvieron en el Radicalismo chileno la masonería y el positivismo.

Desde otra perspectiva el diputado por Antofagasta, Antonio Pinto Durán, trataba, siempre en 1920, de convencer a sus colegas de que "se necesita ser sordo y ciego para no comprender que estamos viviendo una de esas horas apocalípticas que marcan el crepúsculo de una civilización que se hunde (...) primer anuncio (...) del parto laborioso de una nueva civilización". Condenaba, a continuación, a quienes "no sienten que en Italia, en Alemania, en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos, en el Japón, en Argentina, están fermentando, están hirviendo los gérmenes de una revolución social".³⁰

En 1919 hubo una alarma acerca de una posible conspiración comunista, que fue receptada, o quizás inventada, por una logia militar, denominada Sociedad del Ejército de Regeneración, que ofreció su apoyo al Presidente Juan Luis Sanfuentes para resistirla. Este movimiento militar coincidió con otro, de una organización de oficiales medios, apellidada Junta Militar, más orientada hacia promover ciertos cambios sociales.³¹

Al iniciarse la presidencia de Alessandri en 1920 la agitación social no cedió, y llevó incluso a un serio conflicto en la explotación salitrera San Gregorio. También hubo episodios menores, pero significativos, en las afueras de Santiago, en el fundo de un importante político de la Alianza Liberal, Eliodoro Yáñez, dueño del influyente diario La Nación.³²

Mutación en las clases medias: militarismo y radicalismo

En 1924 se produjo uno de los clásicos enfrentamientos entre el Presidente y la mayoría opositora del Senado, que en consecuencia se negó a votar la ley periódica que permitía la permanencia de las Fuerzas Armadas en la capital. Ante la consiguiente conmoción, y el obligado retiro del ejército de Santiago, se llegó a un avenimiento, aunque temporario. Para Alberto Edwards uno de los motivos fue la aprehensión ante "la influencia del Presidente sobre los elementos más levantiscos de las clases obreras".³³

Poco después (septiembre de 1924) se dio el conocido golpe militar, que obedeció a numerosas causas, pero que reflejaba sentimientos de la oficialidad joven, que buscaba terminar con el inmovilismo del régimen parlamentario. Entre esos oficiales se encontraban Carlos Ibañez del Campo, eterno buscador de una fórmula populista autoritaria, y Marmaduke Grove, futuro jefe del Partido Socialista en los años treinta, e inspirador de la

²⁹. Alberto Edwards, *La Fronda aristocrática*, reedición, Santiago, Editorial Universitaria, 1982, pp. 227, 223.

³⁰. Iglesias, *Alessandri*, p. 354.

³¹. Frederick M. Nunn, *Chilean Politics, 1920-1931: The Honorable Mission of the Armed Forces*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1970, p. 11.

³². Alessandri, *Recuerdos de gobierno*, vol. 1, p. 79.

³³. Edwards, *La Fronda aristocrática*, Santiago, Editorial Universitaria, 1982, p. 236.

breve y fracasada "República Socialista" instaurada como resultado de una rebelión militar unida a motines de la marinería, hechos posibles por los coletazos del caótico final del gobierno de Ibáñez, en 1932.³⁴

La mentalidad que se difundió entre miembros de las Fuerzas Armadas en Chile durante los años veinte no es del todo distinta de la que se daba en grupos similares en Brasil, conocida allí como *tenentismo*, con una ideología que comprendía una amplia gama, desde el fascismo visto como "dictadura desarrollista" hasta el marxismo. Uno de esos tenentes brasileños fue Luis Carlos Prestes, entonces nacionalista, años más tarde convertido en jefe del Partido Comunista, siguiendo una trayectoria que recuerda a la de Grove.³⁵

Esta mentalidad militar debe ser vista como parte del contexto de amenaza existente, tanto en Chile como en otros países de la región (aunque en la Argentina, por diversas razones, estaba más puramente concentrada en sus componentes de derecha). Un estamento militar trabajado por ideas de renovación social, signadas por su heterodoxia, implicaba una fuerte desestabilización política -- lo que es obvio -- y una posible subversión social, lo que es menos evidente. Vistas las cosas con la perspectiva que hoy podemos tener, estaban dados algunos de los elementos que en otros contextos generarían el peronismo, el nasserismo, el "socialismo árabe", u otros nacionalismos populares radicalizados. Claro está que buena parte de estos procesos estaban en el futuro (salvo la muy significativa Revolución Mexicana), pero el hecho de que se hayan producido puede ayudarnos, sin excesivo anacronismo, a aproximarnos al universo de temores y fantasías de aquella época.

Volviendo al primer período de gobierno de Alessandri, él se vio, como dijimos, interrumpido por el golpe militar de 1924, pero enseguida se produjo una lucha interna entre elementos conservadores y reformistas. Estos últimos se impusieron en enero de 1925, y llamaron al presidente derrocado a reasumir el mando, completar el año que le faltaba, e implementar con legitimidad un cambio constitucional en sentido presidencialista. Mientras tanto, la figura que se iba imponiendo como árbitro del poder era, cada vez más, la de Ibáñez.

Durante el último año del primer mandato de Alessandri la agitación social continuó, generando encontradas estrategias en esferas de gobierno acerca de cómo enfrentarla. Recuerda al respecto el mismo Alessandri:

A principios del mes de junio ((1925)) se produjo una fuerte agitación popular en la pampa de Iquique, fomentada por agitadores profesionales y por los periódicos comunistas "El Despertar", "El Surco" y "El Labrador", que exageraban los dicterios contra la oligarquía, contra la autoridad y contra el orden. Fomentaban en forma clamorosa el odio de clases engañando al pueblo con toda clase de halagüeñas y falsas promesas, asegurándoles que había llegado la hora del triunfo de la revolución social ((y la)) dictadura del proletariado, como en Rusia.

El Ministro de la Guerra, don Carlos Ibáñez del Campo, mandó al Jefe de la División Militar en Tarapacá un telegrama en clave que decía: 'Se tiene conocimiento que para el 1^o de junio prepárase movimiento subversivo, carácter comunista. El gobierno ordena que en caso de producirse este movimiento o confirmarse su preparación, se proceda con la mayor energía (...)'.³⁶

El movimiento sindical y político de izquierda fue duramente reprimido, luego, por el régimen dictatorial de Ibáñez (1927-1931) que contó, al comienzo, con bastante anuencia en la opinión pública, desde sectores de la derecha hasta otros del Partido Demócrata, dispuestos a apoyar un cambio social dirigido desde arriba, con ellos como intermediarios. Luego el presidente fue perdiendo apoyo, en parte como resultado de la crisis mundial, que afectó a Chile de manera particularmente intensa. Los aún prestigiosos y bien conectados dirigentes del sistema político tradicional, por otra parte, desconfiaban de una intervención militar demasiado prolongada, por los excesos que inevitablemente cometería contra sus propios simpatizantes, y por las posibles derivaciones populistas que todo caudillismo militar implica, y que eran evidentes en algunos miembros del *entourage* del general.

³⁴. El caso de Grove no es el único de militar izquierdista. El Teniente Coronel (R) Roberto Silva Zamorano fue miembro de la Mesa Directiva de la Federación de Izquierdas, que se formó en agosto de 1931, poco después de la caída de Ibáñez. Alessandri, *Recuerdos*, vol. 2, p. 460.

³⁵. Maria Cecília Spina Forjaz, *Tenentismo e política*, Rio de Janeiro, EDITORIAL, 1977; Edgar Carone, *O tenentismo*, Sao Paulo, EDITORIAL, 1975; Stanley E. Hilton "The Armed Forces and Industrialists in Modern Brazil: The Drive for Military Autonomy, 1889-1954", *Hispanic American Historical Review* 62:4, Nov. 1982: 629-673.

³⁶. Alessandri, *Recuerdos*, vol. 2, pp. 245-246.

Hay aquí un círculo vicioso muy ligado a los problemas de la mantención del orden mediante un régimen autoritario. Como dice el historiador y político mexicano Jesús Reyes Heróles, resulta prácticamente imposible "resolver el viejo problema ((de)) las clases conservadoras, de disponer de un dictador que las defienda, pero maniatado para no poder volverse en contra de ellas".³⁷ Una de las razones de esta dificultad es el tipo de convulsiones que se dan al caer el dictador, las que brindan oportunidad para golpes de mano "pretoriano-populares". Eso es precisamente lo que ocurrió en Chile con la llamada *República Socialista* (junio a septiembre de 1932), que por su breve duración y desmesurados objetivos puede parecer lunática -- y así es descripta a menudo -- pero que en la visión de los observadores de la época seguramente implicó una real alternativa de poder, aún cuando no llegara a aplicar su programa completo.³⁸

Sintetizando algunos de los aspectos vistos hasta aquí, podemos decir que en Chile se da, desde fines del siglo pasado, una intensa conflictividad social. Esta reconoce dos frentes de oposición al régimen dominante: uno anclado en la clase obrera, y otro en la clase media, ambos expresándose con bastante más intensidad que en la Argentina. La masa popular no formaba el "gigante dormido" tan potencialmente presente en el imaginario político brasileño, pero era un factor a tener muy en cuenta. Mucho más homogénea culturalmente que en Brasil o Argentina (por razones distintas), tenía fuertes concentraciones en áreas periféricas, lo que significó que cuando comenzó a tener presencia electoral, ésta se distribuyó a lo largo del país, con focos en los extremos, y de ningún modo presentando el fenómeno de concentración capitalina y urbana que se dio del otro lado de la cordillera. En cuanto a la clase media, su menor prosperidad, y su mayor componente educativo, la hacían más propensa a la radicalización, al menos en significativas minorías.

Aunque el segundo intento populista de Ibáñez (iniciado en 1952 y pronto fracasado) cae fuera del período considerado en este trabajo, podemos hacer una breve referencia a él, contrastándolo con el Perón. En Chile el movimiento sindical y de izquierda preexistente pudo resistir el impacto, en parte aliándose a él, quizás porque la clase obrera en ese país era mucho más homogénea que la argentina. No existía el foso cultural entre el sector más influenciado por la inmigración europea y el del interior, que se notaba en el vecino país. El socialismo en Chile tenía sus fuerzas distribuidas a lo largo de todo el país, incluyendo sus extremos donde tenía fuertes baluartes electorales. En la Argentina en cambio la Izquierda no echó raíces en las zonas más periféricas del país, incluyendo donde había concentraciones obreras -- de tipo sobre todo azucarero -- que en otros contextos favorecen la actividad sindical y el activismo popular. Por cierto que esas concentraciones tenían, demográficamente, menos peso en la Argentina que sus equivalentes -- sobre todo mineras -- en Chile, pero uno de los motivos de esa falta de raíces debe buscarse en la contraposición muy marcada entre la cultura modernizada de la zona pampeana, y la del interior, más "criolla". Justamente, en Chile, el socialismo no despreciaba a la "política criolla" sino más bien la usaba, lo que se nota en el mayor componente caudillista de su dirigencia. O sea, estaba ya parcialmente vacunado con el virus populista, y eso le permitió sobrevivir al impacto ibañista.³⁹

Luces y sombras del impacto inmigratorio en la Argentina

Pasando ahora a la Argentina, la relativa debilidad de su sistema de partidos políticos, y la fuerza de las formas corporativistas de acción y presión social, a que antes nos referíamos, son un fenómeno que merece especial atención, pues es uno de los factores de la aún frágil consolidación del régimen democrático. Su

³⁷. Jesús Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano*, 3 vols, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Derecho, 1958, vol. 2, p. 393.

³⁸. Un anónimo Juan de Antofagasta, escribiendo en *La Nación* el 9 de junio de 1932, saludaba al movimiento del 4 de junio de 1932, que instauró la República Socialista, como equivalente de la Revolución Mexicana. Citado en Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago, Ediciones La Ciudad, 1981, p. 101.

³⁹. Paul Drake, *Socialism and Populism in Chile, 1932-52*, Urbana, University of Illinois Press, 1978; Benny Pollack, "The Chilean Socialist Party: prolegomena to its ideology and organization," *Journal of Latin American Studies*, vol. 10, no. 1, 1978, pp. 117-152.

etiología es sin duda compleja y múltiple, pero como contribución a su esclarecimiento será útil analizar el impacto de la gran masa de extranjeros formada en la Argentina por la inmigración masiva.⁴⁰

Para empezar, es preciso distinguir entre la condición de inmigrante y la de extranjero, que son cosas parecidas pero no iguales. La Argentina ocupa el primer puesto en el ranking mundial en cuanto a la proporción de extranjeros que albergó durante largas décadas de su formación como país moderno (aproximadamente entre 1880 y 1930). Dentro de los países de nuevo asentamiento la Argentina se destaca, junto a Australia y Nueva Zelandia, por haber tenido un muy alto porcentaje de inmigrantes sobre su población total, aproximadamente un 25 a 30% en la época mencionada, contra un 15% para Estados Unidos o Canadá. Pero en Australia y Nueva Zelandia (y en Canadá) la casi totalidad de los inmigrantes, en esa época, eran británicos, o sea, no perdían ni cambiaban la ciudadanía al cruzar el océano, y no tenían que amalgamarse con una población local preexistente, de diverso carácter étnico. En los Estados Unidos sí eran extranjeros, como en la Argentina, y debían integrarse con los sectores nativos de más antigua procedencia, pero eran proporcionalmente muchos menos. Todos estos datos nadie los discute, aunque no siempre se distingue, en los análisis comparativos, entre la condición de inmigrante y la de extranjero. El inmigrante, aún transoceánico, en lugares como Australia, en que tanto el país de origen como el de llegada están bajo la misma bandera, se comporta casi como un migrante interno. No está en juego el complejo problema de la formación de una nueva nacionalidad, o al menos no en el mismo grado. Lo que ocurre, en todo caso, es la reproducción, en tierras nuevas, de un trozo de la antigua nación expulsora de gente, problema muy distinto del que le cupo en suerte protagonizar a la Argentina.

Por otra parte, dentro de los extranjeros, hay que distinguir entre los que tomaban la ciudadanía y los que no lo hacían: en este rubro también la Argentina le "gana" a los Estados Unidos, porque entre nosotros sólo un 2 ó 3% se nacionalizaba, contra casi el 70% en el país del Norte, de manera que la diferencia ya importante entre un 30 y un 15% de nacidos en el exterior, se magnifica si se toman en cuenta sólo los que retenían su ciudadanía original.

Ahora bien, esta competencia entre los Estados Unidos y la Argentina por el primer puesto en cuanto a extranjería, termina de definirse si se considera no sólo el número sino también el status relativo de los inmigrantes en la sociedad receptora. Ocurre que los inmigrantes europeos en la Argentina ocupaban una posición relativamente alta en la pirámide social, a pesar de sus modestos orígenes: desde ya, tenían la aristocracia de la piel, y aunque muchos provinieran de zonas bastante atrasadas del Sur de Europa, traían un caudal de cultura campesina o artesanal, que les facilitaba saltar por encima de las clases populares nativas, y aún de los estratos medios del interior. En los Estados Unidos la situación era distinta, pues los inmigrantes del Sud o del Este europeos, o de Irlanda, tenían que aceptar una situación de clara marginación e inferioridad respecto de los primeros *settlers*, por motivos parecidos aunque simétricos a los que los colocaban en posición de superioridad en la Argentina. En cierto sentido, los italianos o polacos en Estados Unidos se sentían como algunos inmigrantes de países vecinos en la Argentina de hoy: había una clase obrera nativa claramente "por encima" de ellos, por no hablar de la clase media, y aunque la movilidad era posible, había que adaptarse a las reglas de juego establecidas por la sociedad local. En la Argentina de comienzos de este siglo la clase dirigente política era la que establecía, claro está, las reglas de juego en última instancia, pero en la sociedad civil el peso y el status social de los extranjeros era tan significativo, que se puede decir que los que tenían problemas de adaptación eran los nativos tanto o más que los extranjeros. Resultó entonces que dos clases particularmente estratégicas en un proceso de desarrollo y modernización capitalista, la burguesía empresaria urbana, y la clase obrera, sobre todo la calificada, eran abrumadoramente extranjeras -- no sólo inmigrantes -- y retenían su ciudadanía original. Los argentinos se concentraban, en cambio, de arriba hacia abajo, entre los estancieros, los militares, los funcionarios públicos, la clase media tradicional, sobre todo del interior, y los sectores bajos de las clases trabajadoras.

Por supuesto que con el tiempo los hijos de los extranjeros fueron dando un tinte argentino, ciudadano, a las posiciones que ellos ocupaban en el espacio económico creado por sus padres, pero a pesar de eso los censos están ahí para señalar el 60 ó 70% de extranjeros que había entre los empresarios y los obreros urbanos. Y claro está que los hijos adoptaban en gran parte las actitudes de los padres. Pero ¿cuáles eran estas actitudes? Es difícil reconstruirlas con exactitud, pero mi hipótesis es que en gran medida implicaban una actitud de superioridad respecto al país, de desprecio hacia sus tradiciones, su sistema político, y su antigua composición étnica. En esto me separo de muchos de mis colegas, que señalan más bien el fenómeno opuesto y simétrico, de desprecio por parte de la clase alta criolla hacia los recién venidos, para quienes no escaseaban los moteles, adoptados incluso por la población local de más modestos recursos.

⁴⁰. Me he referido en mayor detalle a este tema en "El impacto inmigratorio sobre el sistema político argentino". *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 4, 12, Agosto 1989, pp. 211-230.

Se ha señalado a veces, para explicar la no adopción de la ciudadanía, que una buena parte de la dirigencia política argentina no tenía muchos deseos de facilitar la nacionalización de los extranjeros, cuya preponderancia y eventual predisposición revolucionaria se temía. Se han hecho incluso estimaciones del número de horas que se hubieran necesitado simplemente para hacer los trámites. Pero este último argumento no es válido para las capas más altas de la burguesía, que sin embargo también preferían retener la protección de sus consulados antes que la muy dudosa de las leyes argentinas. Respecto a las clases populares, bien podría algún sector político haberse decidido, como en los Estados Unidos, a facilitarles los trámites, a cambio de una contrapartida electoral. ¿Porqué no existió tal sector político? Se ha buscado a veces la explicación en las actitudes de los dirigentes partidarios argentinos, tanto los conservadores como los radicales, que no visualizaban la necesidad de incorporar al extranjero.⁴¹

Aunque esta hipótesis puede ser atractiva en estos tiempos de rebelión contra los determinismos simplistas de tipo estructural, me parece que ella da excesivo peso a las variables actitudinales. Porque grupos que querían incorporar a los inmigrantes había, entre ellos el Partido Socialista, cuya prédica, de todos modos, fue desoída. Es demasiado fácil y esquemático decir que el socialismo se vio trabado en su acción por el régimen oligárquico, porque tal cosa no ocurrió en Chile, no menos oligárquico que la Argentina. Simplemente, los extranjeros, en su mayoría, *no querían* tomar la ciudadanía. En realidad, hubiera sido un poco absurdo, dada su posición en el espacio social, que quisieran hacerlo. Tan absurdo como que a un emigrante argentino de estos últimos tiempos, instalado en algún otro país del continente para ganar más plata o por estar perseguido en su país, se le ocurriera la peregrina idea de adoptar su ciudadanía. Otra es la situación para ese no tan imaginario argentino cuando él se encuentra en un país que le impone más respeto, como los Estados Unidos o la Italia o la España de hoy.

Dada la situación descripta -- dejando de lado las hipótesis explicativas -- tenemos la siguiente cadena argumental:

(i) existía en la Argentina una gran masa de extranjeros, mucho mayor que en cualquier caso comparable, con mucho peso económico y social, y ellos no tomaron, salvo contadas excepciones, la ciudadanía;

(ii) al no poder votar la gran mayoría de los miembros de la burguesía y de la clase obrera, estas dos clases veían su influjo en las contiendas electorales y en la formación de partidos políticos seriamente reducida por comparación a lo que hubiera ocurrido en un país en que todo fuera igual excepto que los que eran extranjeros hubieran sido nativos (o por lo menos ciudadanizados);

(iii) por lo tanto, el desarrollo de un sistema institucional liberal moderno se vio seriamente afectado, pues él depende en buena medida de la acción de las dos clases sociales antes aludidas: la burguesía urbana y el proletariado calificado.

De todos modos, la situación de los extranjeros era distinta según el tipo de actividad de que se tratara. Hay un primer tipo de actividad, que hoy llamaríamos "corporativista", muy ligado a la vida diaria y a la defensa de intereses, que les era bastante accesible. En cambio en el área específicamente político partidaria se precisa mucha determinación y vocación, para un extranjero, para superar la barrera de su falta de ciudadanía. También es posible que la situación deba diferenciarse cuando se encuentran contextos de mucha frustración, que llevan a la violencia. En estos casos, en que la gente está más presionada por las circunstancias, independientemente de su ideología, el sentirse más "contra la pared" posiblemente lleva al activismo a sectores normalmente más pasivos, y también a grupos extranjeros, movilizados por una situación intolerable.

En muchos de los países de donde venían nuestros inmigrantes la participación electoral estaba limitada por exigencias de alfabetismo o de tipo censitario. Pero debe tenerse en cuenta que en ese caso los sectores eliminados de la participación eran los más bajos de la pirámide social. En la Argentina, en cambio, justamente esos grupos tenían en principio el voto, y eran a menudo usados como masa de maniobra por los políticos criollos; mientras que los que no lo tenían eran quienes estaban por encima de ellos: la burguesía y el proletariado calificado. De ahí la *incongruencia* ya antes referida, como característica argentina, entre el peso económico-cultural y el político de ciertas clases sociales, que en cambio no se daba en equivalente medida en Europa.⁴²

⁴¹ Oscar Cornblit, "Inmigrantes y empresarios en la política argentina", *Desarrollo Económico*, vol.6, no. 24, enero-marzo 1967, pp. 641-691. Algunos casos hubo de verdaderos intermediarios políticos, que se dedicaban a reclutar extranjeros y conseguirles la ciudadanía, a cambio de su voto (que era fácil de comprobar, porque no era secreto). El más conocido era un italiano, Cayetano Ganghi, que trabajaba para Carlos Pellegrini y luego para Figueroa Alcorta. Ver Solberg, *Immigration and Nationalism*, p. 122.

Como ejemplo tomemos, dentro de la pirámide social, a la burguesía comercial. Y analicemos, de sus varias formas eventuales de actividad política (en el sentido más amplio de la palabra), el que corresponde al nivel del activismo, en el área específicamente político-institucional (o sea, partidaria), y en condiciones no violentas. ¿En qué medida la condición mayoritariamente extranjera de la clase considerada afecta la circulación de individuos hacia el activismo en partidos políticos? Obsérvese que lo que se busca no es simplemente determinar las simpatías políticas del grupo en cuestión, sino averiguar cómo contribuyen ellos a la solidez del sistema político. Si resultara que abrumadoramente, para la burguesía comercial, las formas de involucración política privilegian las conexiones financieras, los negocios, las influencias detrás de escenas, y dejan de lado el activismo en los partidos y también el voto, el resultado será algo bien distinto del paradigma europeo de desarrollo de la democracia liberal. No es que debamos dejar de valorar la importancia que en ese paradigma tienen las "connexions" de todo tipo de que tan elocuentemente hablaba Edmund Burke, ni mucho menos dejar de dar su debido peso a los negocios, la corrupción y la amistad, bases poco brillantes pero sólidas de más de un sistema democrático liberal. Pero la retracción de toda una clase social de ciertas áreas de activismo político partidario no pudo menos que dar pies de barro al sistema.

Raíces del sistema partidario argentino

Para terminar, vamos a hacer una breve caracterización del sistema político partidario argentino de comienzos de siglo, contrastándolo con los ejemplos -- a menudo dados en aquel entonces -- de Australia y de Europa Occidental, así como con el del más vecino Chile, menos usualmente visualizado pero no por ello menos importante en una estrategia comparativa.

Tomaremos como punto de partida la célebre polémica entre Juan B. Justo y Enrico Ferri, en 1908, con motivo del viaje del político socialista italiano a Buenos Aires. Afirmó Ferri en sus conferencias que en el sistema político argentino faltaba un partido radical serio, pues no se podía tomar como tal al "partito della Luna" dirigido por Hipólito Yrigoyen. ¿Porqué no se lo podía tomar en serio al radicalismo argentino? Seguramente, por su carácter caudillista, su personalismo, las insondables estrategias del jefe, la falta de planes orgánicos de gobierno, en otras palabras, su pertenencia al área de la "política criolla". En la Europa latina, en cambio, eran fuertes los partidos radicales "orgánicos", basados esos sí en las clases medias productivas, y en algún apoyo obrero calificado. También en Gran Bretaña el partido Liberal, bajo el liderazgo de Lloyd George, se orientaba en dirección radical.⁴³ Había que hacer lo mismo en la Argentina, y Ferri le recomendaba al partido Socialista cumplir ese rol si la Unión Cívica Radical no lo asumía. Porque en un país tan poco industrializado como la Argentina no se podía pensar en un partido genuinamente obrero y socialista.

Pero analicemos un poco más en detalle este argumento. ¿Cómo podría ser posible formar en la Argentina un partido moderno -- radical o radical-socialista -- si el país electoral no era moderno? Justamente los que votaban, debido al tipo de trabajo que realizaban y a las condiciones sociales en que vivían, no podían menos que tener una expresión política congruente con esas características. El país moderno -- relativamente hablando -- era el de los extranjeros, no porque éstos trajeran la modernidad consigo, sino porque ellos ocupaban los lugares de trabajo y los entornos sociales productores de ese tipo de mentalidad. Si los extranjeros hubieran participado en política de manera "normal" (o sea, como si no fueran extranjeros) seguramente hubieran creado las condiciones para la existencia de un partido radical o de uno liberal, a la europea. Armar un partido a la europea no tiene nada de malo, sobre todo en un país que hubiera sido realmente muy parecido a Europa.

Justamente, en Australia había un partido Liberal, que con el tiempo fue englobando cada vez más a las clases medias y a la burguesía, y se transformó en el principal partido de la Derecha.⁴⁴ El ejemplo

⁴² En España se dió desde muy temprano una incongruencia entre el derecho de voto y la capacidad económica y cultural para ejercerlo, como consecuencia de la Constitución gaditana de 1812, una constitución dada en circunstancias de guerra nacional revolucionaria. Ver Josep Fontana, *La crisis del antiguo régimen*, Barcelona, Crítica, 1979.

⁴³ Octavio Ruiz Manjón, *El Partido Republicano Radical, 1908-1936*, Madrid, Ediciones Giner, 1976; Ernest Lemonon, *De Cavour a Mussolini: histoire des partis politiques italiens*, París, Editions A. Pedone, 1938; H. V. Emy, *Liberals, Radicals and Social Politics, 1892-1914*, Cambridge, University Press, 1973; Kenneth Morgan, *The Age of Lloyd George: The Liberal Party and British Politics, 1890-1929*, Londres, Allen and Unwin, 1975.

⁴⁴ Gordon Greenwood, ed., *Australia: A Social and Political History*, Sidney, Angus and Robertson, 1955; Keith Sinclair, *A History of New Zealand*, Londres, Penguin, 1980; 1a. ed., 1959).

australiano era muy tenido en cuenta en aquel entonces en la Argentina, porque eran obvios los parecidos, y porque el partido Laborista estaba ya muy cercano a ejercer el poder a nivel nacional. Ferri hizo una referencia lateral a este hecho, diciendo que lo que había en Australia, bajo el nombre de laborismo, era realmente un partido radical, no socialista, debido a lo limitado de su ideología y su programa. En realidad se equivocaba, porque el laborismo, aunque moderado en sus objetivos, tenía como columna vertebral a un combativo sindicalismo, y por lo tanto era un animal político bien distinto a los radicalismos europeos, enraizados en la clase media, con relativamente pocos (aunque no inexistentes) vínculos sindicales. Pero antes Ferri había dicho que en condiciones de escaso desarrollo industrial (como en Australia o Argentina) difícilmente pudiera haber partidos fuertes de clase obrera. Ocurre que esa hipótesis es correcta sólo de manera muy aproximada. Aún con poca industria, si hay una fuerte urbanización, escasez de mano de obra, y alta movilización social inducida por la inmigración transoceánica, se dan condiciones para la formación de sindicatos fuertes, y también de partidos obreros con alguna versión de la ideología socialista. Este era el caso, precisamente, de Australia, Nueva Zelanda, y la Argentina, que debido a eso podían estar algo en avance respecto a los países europeos mediterráneos. Pero en la Argentina esa clase obrera tendía más, ya desde entonces, a la acción corporativista que a la política partidaria.

De hecho, el partido Socialista argentino, aunque todavía débil cuando Ferri nos visitó en 1908, pronto evidenciaría, al amparo de la Ley Sáenz Peña, que podía reunir fuertes contingentes de votos, al menos en la Capital, con perspectivas de irse extendiendo gradualmente al resto del país. Esta extensión no se dio más que marginalmente, mientras que en Australia y Nueva Zelanda el laborismo cuajó y pervive hasta el día de hoy como ocupante casi exclusivo de uno de los dos hemisferios de la política. ¿Los motivos de la diferencia? Sería cómodo echarle la culpa -- una vez más -- a Juan B. Justo, su reformismo, su fascinación con el librecambio y la "democracia formal". Pero ocurre que esas mismas lacras afeaban también al laborismo australiano, sin conseguir matarlo, ni siquiera herirlo.

Veamos: ¿cuál era el país electoral al que el partido Socialista podía dirigirse a comienzos de siglo? Era un país sin burgueses y sin obreros, o casi. Que no existieran burgueses no importaba para los socialistas, aunque podía ser grave para la Derecha liberal o los Radicales. Que no hubiera, o que hubiera muy pocos obreros en el registro electoral era en cambio gravísimo. Es casi un milagro que un partido autodefinido como socialista, y con componentes bastante radicalizados en su seno, obtuviera las fuertes votaciones que consiguió en la Capital ya desde 1912 y 1913. Los lazos orgánicos con la clase obrera sindicalizada (extranjera) inevitablemente se debilitaban, ante el peso excesivo que tenía la rama política, debido al tipo de electorado (nativo, pero en buena parte de clase media) que había que convencer para ganar elecciones. Si los extranjeros hubieran votado, o sea si hubieran tomado la ciudadanía, es casi seguro que el partido Socialista se hubiera extendido mucho más, al menos en el país moderno, lo que le hubiera dado un mayor arraigo que el que tuvo. Aún le hubiera quedado, en ese caso, el problema de cómo trascender al otro sector, "criollo", del país. Pero dadas las cosas como estaban, mismo en el país moderno le era difícil echar sólidas raíces, porque su electorado potencial, su caudal de simpatizantes, no tenía acceso a las urnas, que constituyen si no el todo, al menos una parte muy central del esquema de poder en cualquier país.

¿Qué hubiera pasado si en la Argentina hubiera habido muchísimos menos inmigrantes y, con una dotación de recursos económicos parecida a la que tuvo, su población hubiera sido casi completamente nativa? En realidad, hay sólo que mirar al otro lado de la cordillera para ver la más cercana aproximación a ese espejismo. Chile, como nunca tuvo excesivo número de extranjeros, terminó por parecerse más a Europa que la Argentina o el Uruguay. Es que estos dos países, justamente por tener en su seno demasiados extranjeros, se diferencian radicalmente del modelo trasatlántico: en Europa no hay europeos, hay italianos, franceses, alemanes. Dicho de otra manera: en los países europeos, igual que en Chile, había muy pocos extranjeros, mientras que la Argentina, por su gran cantidad de extranjeros, entraba en otra categoría, era un país políticamente menos "europeo" que Chile, aunque étnicamente lo fuera más. El resultado fue que el sistema político chileno era (y es) mucho más parecido al europeo que el argentino o el uruguayo.⁴⁵

Chile era más homogéneo culturalmente, no existía el abismo que separaba en la Argentina a regiones enteras, dominadas por los extranjeros, de las que tenían predominio nativo. Claro está que los extranjeros que había en Chile (un 4% hacia 1910) también ocupaban, como en la Argentina, una posición en el espacio social más alta que lo que sus ocupaciones justificaban. Pero eran tan pocos que tenían escaso efecto sobre el panorama político. El país político-electoral y el país real eran más congruentes. En Chile los analfabetos no votaban, pero eso justamente contribuía a la congruencia, pues eliminaba del electorado a quienes tenían una muy baja ubicación en la pirámide social (y no a quienes ocupaban posiciones bien altas, como en la Argentina).

⁴⁵ Ricardo Donoso, *Alessandri, agitador y demoleador*, 2 vols, México, Fondo de Cultura Económica, 1952; Julio Heise González, *Ciento cincuenta años de evolución constitucional*, Santiago, Andrés Bello, 1960, y del mismo, *El período parlamentario, 1891-1925*, Santiago, Editorial Universitaria, 1982.

Volviendo ahora a este país, es preciso hacer un par de comentarios sobre el Radicalismo. A veces se piensa que éste fue -- o es -- nuestro equivalente de un partido liberal burgués, y que los hijos de los inmigrantes que habían llegado a la condición de clase media fueron su principal electorado. Esto último a la larga fue cierto, pero eso no permite pasar por alto la fuerte diferencia entre un partido liberal o radical a la europea, y la Unión Cívica Radical. Así como el partido Socialista no podía ligarse orgánicamente con la clase obrera y sus sindicatos, el radicalismo se veía privado del voto de los sectores más sólidos de la clase media empresarial, lo que lo dejaba en manos de la clase media nativa o sectores marginales de la burguesía o aristocracia provincianas. Una vez más, incongruencia y falta de vinculación estrecha entre clase y partido, en contraste con Chile.⁴⁶

En cuanto a la Derecha, ya se dijo que ella tampoco podía establecer conexiones orgánicas suficientemente fuertes con la burguesía, el sector más modernizado y dinámico de las clases dominantes del país. El resultado fue un constante zigzagreo entre intentar controlar el país apoyándose en el extraño electorado que le quedaba, o volcarse directamente al golpismo militar. La ausencia de un electorado propio para un partido -- o alianza de partidos -- claramente de derecha es una característica argentina que demanda también explicación. En casi todos los países desarrollados del mundo ella existe, y se basa sobre la cooptación de la masa de la clase media, aparte de algunos *working class Tories*. A veces se argumenta que esa cooptación es más fácil en países centrales, donde la prosperidad económica da los medios para poder realizarla, lo que en cambio sería más difícil en países de la periferia.

Sin embargo, en muchos países de la periferia también el conservadorismo -- bajo ese nombre u otro -- es fuerte. Ello puede deberse, en algunos casos, a la prevalencia de un "electorado de corral", como lo llaman en Brasil, formado por sectores campesinos muy ligados a la clientela de notables locales, o sea sería un conservadorismo arcaico. Pero Chile demuestra que esto no es así necesariamente. Por cierto que en ese país la Derecha tiene -- y tenía mucho más en el pasado -- componentes arcaicos y rurales, pero con la transformación económica ocurrida ya no se puede argumentar que ésas son sus únicas bases. También en Brasil la Derecha, formada por los partidos sucesores de la antigua Uniao Democrática Nacional (UDN), tiene fuerza no sólo en las zonas alejadas sino también en el mismo Sao Paulo, donde ha sido capaz de elegir al intendente.

¿Porqué no encontramos en la Argentina un fenómeno semejante? No vale argumentar que la clase alta argentina es particularmente cerrada, egoísta, o displicente en cuanto a armar partidos, y que está acostumbrada a recurrir a los militares para defender sus intereses. Este enfoque carece de perspectiva comparativa, y tiende a diabolizar a los sectores dominantes locales, o, lo que es lo mismo, a pintar con colores excesivamente brillantes a las clases propietarias de países donde se ha podido formar esa fuerza electoral conservadora, comenzando por Chile.⁴⁷

Tampoco se puede argumentar que en la Argentina la amenaza al orden existente no ha sido muy intensa, y por lo tanto no ha sido necesario para la Derecha darse una organización propia con peso electoral. Los países en que la Derecha es fuerte -- casi todos los desarrollados del mundo y algunos en etapas intermedias -- no se caracterizan necesariamente por haber tenido una masa popular particularmente peligrosa. Por otra parte, el peronismo ha sido, en algunos momentos, particularmente amenazante, a pesar de que en su seno se incluyen sectores bien de derecha. Este último hecho no permite confundir a este complejo populismo con un partido conservador, ni siquiera con un "conservadorismo popular", concepto que se ha puesto de moda pero que confunde situaciones bien distintas. Un "conservadorismo popular" -- a veces se da como ejemplo al caudillo de Avellaneda Alberto Barceló -- no asusta para nada a las clases dominantes, como en cambio lo ha hecho el peronismo.⁴⁸

⁴⁶. Gabriel del Mazo, *El radicalismo: Ensayo sobre su historia y doctrina*, vol. 1, Buenos Aires, Gure, 1957 (1a ed. 1952); Ricardo Caballero, *Hipólito Yrigoyen y la revolución radical de 1905*, Buenos Aires, Libros de Hispanoamérica, 1975; Roberto Etchepareborda, *Tres revoluciones: 1890, 1893, 1905*, Buenos Aires, Pleamar, 1968; David Rock, *El radicalismo argentino: 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977.

⁴⁷. El argumento apuntado acerca de la Argentina ha sido hecho, entre otros, por Alain Rouquié, en su *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, 2 vols, Buenos Aires, EDITORIAL, 1981-2, vol. 1, PAGINAS.

⁴⁸. En cuanto a la actual reorientación económica del gobierno peronista, puede ser que ella implique un acercamiento al modelo de "conservadorismo popular", pero para que esa transformación ocurra el partido Justicialista debería pasar por cambios aún más radicales que los que ha experimentado, y que le significaran la pérdida de su componente sindical.

Para acercarnos a una explicación debemos recurrir, nuevamente, a la hipótesis inmigratoria. El secreto de la fuerza de un partido conservador es su capacidad de integrar a la clase media. Esto no debería haber sido nada difícil en la Argentina, dada la naturaleza bastante moderada, si no conservadora, de la mayoría de la clase media, al menos de la zona próspera del país. ¿Pero cómo podría la clase alta "criolla" incorporar a los exitosos inmigrantes de la clase media, que se consideraban superiores al país, y que incluso no podían menos que negar su respeto a la dirigencia nativa, por más acrisolados que fueran sus blasones? El respeto que un individuo de la clase media inglesa siente hacia sus "superiores naturales" -- y lo mismo en Chile -- no tiene equivalente en la Argentina, por las antes aludidas consideraciones sobre el status relativo de los grupos étnicos. ¿Pero entonces en los Estados Unidos? Bueno, justamente, la diferencia estriba en que en ese país, por un lado, había mucha clase media nativa, que operaba como la inglesa; y en cuanto a la de reciente extracción inmigratoria, ella no se ubicaba, ni se percibía sí misma, como estando por encima de nadie (salvo, seguramente, la masa ex esclava), y por lo tanto también podía actuar, por razones algo distintas, como sus pares ingleses. Por cierto que en esto tiene mucho que ver el hecho de que los Estados Unidos eran en esa época una sociedad fuerte, con un sistema político que imponía respeto, en mucha mayor medida que en la Argentina, y ese receto se extrapolaba a las clases dirigentes del proceso. Es preciso aquí acotar que en Chile tampoco el sistema político imponía mucho respeto a los extranjeros, quienes, como en la Argentina, se sentían por encima del país, pero eso no importaba, porque no había muchos de ellos; en cambio la clase dirigente era perfectamente capaz de encandilar a sus connacionales de "medio pelo".

Dentro de la misma temática se puede señalar la mayor memoria histórica existente en Chile, comparada con la Argentina. Ello tiene mucho que ver con el hecho de que en el vecino país la mayoría de las clases educadas tiene a sus antepasados enterrados en el propio suelo, cosa que no ocurre entre nosotros. Los sucesos de la Independencia, por ejemplo, les ocurrieron, en Chile, a gente que eran parientes de la mayoría de los actuales habitantes; no es ése el caso en la Argentina.

La debilidad del Conservadorismo en la Argentina tiene mucho que ver con la persistencia del partido Radical (casi desaparecido en Chile) y con la fuerza del populismo peronista. Efectivamente, este último ha tenido, históricamente, dos componentes principales, a nivel de votos: el sector obrero urbano, y el sector de caudillos más conservadores del interior, capaces de llevar tras de sí a una masa relativamente pasiva. Todo este último grupo debería formar una de las patas de un partido Conservador presentable en la escena internacional. A ese partido también le faltaría el componente de la clase media de la zona próspera, que en cambio se mantiene fiel al Radicalismo.

Aquí puede ser útil volver a dar una mirada a la escena chilena. Por mucho tiempo se hablaba ahí de los "tres tercios" que formaban el espinel político partidario: Derecha conservadora o liberal, luego Nacional; Centro radical y luego predominantemente demócrata cristiano; e Izquierda socialista o comunista, con minorías cristianas o radicales. Pero después de la experiencia pinochetista los tres tercios, aunque siguen más o menos existiendo, se han reagrupado de manera al parecer bastante permanente en dos mitades: una Derecha con intentos aperturistas, y un Centro-Izquierda que busca conciliar sectores ideológicamente diversos, pero cada vez más convergentes, dada la general tendencia hacia el centro en lo relativo a estrategias y concepciones de gobierno. Pero, paradójicamente, esa universal prevalencia del Centro ideológico va unida a la progresiva deterioración de un Centro partidario. El fenómeno, apenas esbozado en Chile, está claro en algunos países como España e Italia, que hasta hace poco eran excepciones al muy extendido prevalecer de fuerzas equilibradas en la derecha y en la izquierda del panorama político. El surgir a la escena del Partido Popular español, y del Polo berlusconiano en Italia -- reemplazando a la muy heterogénea Democracia Cristiana -- parece señalar un fenómeno con implicancias muy genéricas.

¿Seremos siempre en esta parte del mundo una excepción? El tema justifica una cuidadosa atención por parte de políticos y politicólogos, pero prefiero dejar eso para otra oportunidad, pues no pretendo ahora entrar en el tentador terreno de la futurología. El foco del presente trabajo apunta a las décadas tempranas del siglo. Pero no está de más mencionar algunas de las posibles cadenas causales, que llegan hasta la actualidad, y cuyos orígenes se hunden en nuestro pasado.